

En la Tierra de Nadie

Las explosiones resuenan y la tierra tiembla bajo mis pies. El terrible ruido me coge desprevenido y yo me agazapo más y más en mi agujero. El sonido de los disparos, en cambio, hace de contraste. Es más continuo y parece una melodía de fondo, pero sé que es una música mortal.

Miro alrededor. En el terreno helado las placas de nieve machacada cubren la tierra con su color grisáceo, mezclándose con el fango del suelo acribillado, amontonándose en los bordes del camino donde parecen pequeñas montañas de basura. Hace tanto frío que, aunque tengo miedo, no puedo pensar en ello. Solo sé que ya no puedo abrigarme más

Otra explosión sacude el suelo y una lluvia de piedra y polvo cae sobre mí. Mi respiración agitada produce pequeñas nubes de vapor. Puedo ver el vaho alejándose bajo la pobre iluminación de la luna. El cielo está despejado allá arriba pero por aquí abajo, la niebla flota a ras de suelo, elevándose a veces y cubriéndome con su halo protector, escondiéndome del ojo asesino que espera en cada rincón, tras cada roca o trozo de muro.

El cielo arriba y el infierno abajo. Sí, es un infierno, incluso tiene la decoración adecuada, todo destrozado, ni una casa en pie, solo algunas paredes, fragmentos de mosaico en el suelo, trozos de muebles tirados por ahí. Lo irónico del caso es que yo soy uno de los responsables de ello.

Esta tarde, cuando estaba en el bar con mis compañeros, la guerra no parecía tan mala. No es que fuera una cosa buena, no, pero tampoco era tan mala. Estábamos bebiendo esa cerveza negra tan espesa que consigue el camarero de, vete a saber donde, escuchando las últimas noticias de la radio y jugando a cartas a la cálida lumbre de la chimenea. La guerra continuaba ahí fuera pero en ese momento la teníamos lejana, escondida. Nos lo estábamos pasando bien.

Entonces, en lo mejor de la partida, entró por la puerta del local nuestro capitán. Sólo entrar ya supimos que había movida, lo tenía escrito en la cara. Avanzó hacia nosotros, con esas grandes zancadas suyas, y nos dijo:

- Chicos, movida. Venga, os espero en el hangar.

Y salió tan rápido como había entrado. Siempre era así, no perdía demasiado tiempo en explicaciones pero era un buen capitán y, sobre todo, un magnífico piloto. Todos lo admirábamos.

Recogimos las cartas de la mesa y pagamos a Joe, nuestro camarero favorito. Era un viejo marchoso, que se moría de ganas por enrolarse en alguna unidad. Pero, claro,

siempre había sido rechazado a causa de su edad. Al final, consiguió este empleo en el bar de pilotos. Decía que al menos así estaba cerca de la acción.

- ¿Qué, otra vez de marcha? –dijo mientras hacía un cálculo rápido, mirando por encima las botellas que se acumulaban sobre la mesa – Y, ¿qué es esta vez?, ¿bombardeo del frente?, ¿algún embalse?, ¿instalaciones militares?.

- No lo sabemos Joe –dije- ya sabes que no nos lo dicen hasta justo antes de subir a los aviones.

- ¡Dios!, daría cualquier cosa por ser unos cuantos años más joven y poder acompañaros. Sobrevolar el campo enemigo y joder a esos hijos de puta. No sabéis cuanto os envidio.

- Venga Joe, tú haces tu trabajo. Te necesitamos aquí, ya lo sabes.

- Sí, pero no es lo mismo –dijo moviendo la cabeza- No señor, no es lo mismo.

Nos dio el cambio y le dejamos una buena propina, le teníamos mucho aprecio. Mientras nos dirigíamos al hangar le pregunté a Marc por su novia. Alto, delgado, de pelo pajizo, caminaba a mi lado haciendo un auténtico contraste conmigo. Pero es mi mejor amigo, de los que sabes que puedes confiar en él. En más de una ocasión me había salvado el culo allá arriba y yo también a él. Hacen falta pocas palabras para entendernos.

- ¿Qué tal te va con Mary? –dije, retrasándome un poco para que el resto de los muchachos nos adelantara- ¿seguís peleados?

- Oh, ¡está atontada!. Te lo juro Jhony, me tiene de los nervios.

- ¿Sigues con esa historia de que te cambien de destino?

- Si, sigue con lo mismo. Es tozuda como una mula. ¿Es que no puede entender que mi sitio es este?. ¡Mujeres!

- No se puede vivir con ellas ni sin ellas

- Si, ni que lo digas –calló un momento, como recordando, y luego añadió- La verdad es que la quiero mucho. Cuando pienso en su mirada infantil y la sonrisa esa que tiene... uf!, me muero de ganas.

- Tienes suerte cabronazo –dije dándole una fuerte palmada en la espalda.

Llegamos al hangar. Nuestros aviones se alineaban uno junto al otro, como si estuvieran preparados para pasar revista. Unos aparatos magníficos. El capitán estaba hablando con los mecánicos y cuando nos vio, nos dijo.

- Ya esta todo listo. Esta vez se trata de acribillar las líneas enemigas para apoyar el avance de la infantería. Será peligroso, ya sabéis, la artillería nos dará caza. Seremos como el blanco en una caseta de feria, los patitos del tiro al plato vamos –paró un momento mirándonos a los ojos para asegurarse de que entendíamos donde nos íbamos a meter y luego continuó- Atacaremos en formación de cuña. Yo al frente, cada uno en su posición de las alas. ¿Alguna pregunta?.

Nadie dijo nada, todos serios. Sabíamos que la cosa sería dura.

- Muy bien entonces. ¡Todo el mundo a su sitio!

La luz del crepúsculo iluminaba nuestros aparatos mientras cruzábamos el mar rumbo al continente. A nuestra derecha las nubes bajas del horizonte estaban encendidas con tonos rojizos y anaranjados. Encima de nosotros el cielo se tornaba azul oscuro y empezaban a aparecer las primeras estrellas aisladas. Volábamos a gran altura, en ese reino mágico por encima de las nubes donde el cielo es más claro y las miserias de la tierra parecen lejanas e inexistentes. Por debajo de nosotros la capa nubosa formaba amplias lagunas y, en la oscuridad del fondo, se podían vislumbrar los campos, las montañas, las zonas urbanas. Las luces, puntos dispersos que rompían la negrura, eran escasas en esta época de lucha.

A lo lejos, frente a nosotros, el brillo de las explosiones iluminaba las oscuras nubes como relámpagos de una tormenta feroz. Y nos dirigíamos allí, al centro de ese huracán de destrucción que ya se había cobrado miles de víctimas.

Empezamos a bajar. El escuadrón alineado alrededor del capitán parecía el cuerpo de un animal gigantesco. Bajamos y bajamos, cruzando las franjas nubosas y perdiendo la visibilidad durante algún tiempo. De repente, las nubes desaparecieron y vimos el oscuro campo de batalla. Un área de terreno desbrozado y torturado por las explosiones, el avance y retroceso de miles de hombres en formación compacta y el paso de la maquinaria de guerra. Nada podía crecer en ese sitio, todo estaba roto, machacado, pulverizado. Como un averno de pesadilla regado con la sangre de los hombres.

Caímos sobre las líneas, ametrallando cualquier cosa que se moviera. Éramos como el caballo de Atila, al igual que él, dudo que la tierra volviera a florecer jamás a nuestro paso.

Hicimos la primera pasada sin que el fuego anti-aéreo nos molestara demasiado, apareciendo de repente y descargando nuestro golpe antes de que el enemigo pudiera reaccionar. No sería lo mismo en la segunda pasada. Lo sabíamos.

Ascendimos hacia el cielo, girando en el aire para volver a descargar otro golpe. El viento gritaba en nuestros oídos y la sangre se agolpaba en los corazones. No pensábamos. Sólo realizábamos la acción tantas veces repetida.

Caímos de nuevo, como el martillo de un asesino implacable sobre su víctima, y descargamos nuestra furia mortal en un segundo golpe demoledor. Vimos los cuerpos de los soldados saltar al suelo rebotando al son de las balas y rompiéndose en mil pedazos sangrantes. La carnicería era dantesca.

Pero esta vez sí que la artillería enemiga cobró su precio. Vi cómo uno de nuestros aviones se precipitaba envuelto en llamas, girando descontrolado, y pensé: ¡salta!, ¡salta!. Pero fue inútil. Un cráter más adornó el terreno, uniéndolo en la muerte a amigos y enemigos.

Salimos otra vez ascendiendo a las seguras alturas y entonces aparecieron. Era un escuadrón enemigo y estábamos en su terreno. El capitán nos indicó otra formación y nos apresuramos para reorganizarnos. Cuando cargaron contra nosotros ya estábamos preparados.

La lucha fue intensa. Yo me centré en uno de los aviones enemigos lanzándome contra él. Estaba en buena posición y le perseguí como un perro de presa. Giró en una maniobra casi suicida para librarse de mí y yo giré tras él. Seguimos en una danza macabra de giros y contra giros en la que la pericia y el valor apuraban el riesgo de la partida. Yo apuesto esta maniobra suicida contra tu juego ¿me sigues o pasas?. Te sigo, no te escaparás.

En la excitación del combate perdí el contacto con los demás. Estábamos los dos solos en el aire, en combate singular. Tan cerca que podía ver la cabeza de mi enemigo. Casi podía adivinar la expresión tras su máscara. Entonces inició un picado tremendo y yo le seguí intentando colocarme tras su ala. Me concentré en esa lámina de metal, con la bandera enemiga pintada a los lados. Nada más existía, solo mi objetivo y yo.

Apunté con cuidado mientras pilotaba el avión de forma refleja. Visualicé mis balas en su viaje antes de disparar y, entonces, apreté el gatillo. Disparé una ráfaga continua y larga, enviando la muerte por delante. Y pude ver cómo su ala saltaba en pedazos y el avión caía de forma irreversible.

Pero mi victoria fue efímera porque, en ese preciso instante, noté un dolor tremendo en la pierna. La artillería me había alcanzado. Era tanta mi concentración por cazar a mi enemigo que no me di cuenta que me llevaba hacia el alcance de los anti-aéreos.

Soportando el dolor de la herida intenté aterrizar con el maltrecho aparato. Afortunadamente las alas y la cola estaban intactas pero perdía combustible rápidamente. Al poco el motor se paró con un petardeo agónico y tuve que planear en busca de un terreno llano. Difícil tarea en esa región de colinas bajas y no lo encontré. Me resigné a aterrizar encima de una pequeña planicie que había en lo alto de una extensa colina.

El curvado horizonte se abalanzó sobre mí. Levanté el morro de mi aparato intentando frenar mi impulso. Parecía el jinete de un caballo encabritado, solo que iba mucho más rápido. El golpe final fue tremendo y salí disparado, volando hacia unos árboles cercanos donde aterricé, rompiendo varias ramas y algunos huesos antes de detenerme en el suelo.

Y ahora estoy aquí, oculto en la sombra de este agujero, bajo la luz de la luna con el frío congelándome las manos. La pierna me duele horrores y apenas puedo caminar. Además creo que empiezo a tener algo de fiebre.

Miro a mí alrededor y veo el campo ondulado, relleno de cráteres como si fuera la superficie lunar. Sé que estoy en la zona enemiga, que el frente está por ahí delante y que he de pasar a su través para llegar hasta los míos. Reúno fuerzas e intento levantarme pero apenas consigo ponerme a cuatro patas. Da lo mismo, avanzo gateando lo más rápido que puedo hasta llegar a otro cráter y me echo al suelo. Respiro rápido recuperando el resuello y descanso un poco. El frío de mi piel en contacto con el aire contrasta con el calor abrasador que va creciendo en mi cuerpo. Cada vez estoy peor.

Observo mi nueva posición a la luz de la luna. Esta vez el cráter donde estoy no es el de una bomba sino el de un avión abatido. Se pueden ver los restos de fuselaje esparcidos por todos lados y me pregunto si es de los nuestros o del enemigo. Examinó las piezas intentando encontrar alguna señal y reconozco el tipo. Es de los nuestros, del mismo modelo que mi avión. Sigo mirando y veo lo que me temía, el cadáver ennegrecido del piloto, probablemente uno de mis compañeros. Me acerco. Está irreconocible, carbonizado, pero tiene la placa de identificación colgando de su cuello. La cojo, arrancándola de golpe, e intento ver lo que pone pero está cubierta de hollín, enganchada con la grasa del cuerpo al quemarse.

- ¡Eh!, ¿qué haces? —Oigo la voz familiar a mi lado y noto cómo pone su mano en mi hombro. No puedo evitar dar un respingo y me giro aún con el susto en la cara. Es él, claro, Marc, ya lo sabía por su voz.

- ¡Que susto me has dado!, no te he oído acercarte.

- ¡Ja!, te pillé —dice y luego añade mirando curioso- ¿Qué has encontrado?

- Es la placa de uno de los nuestros, ¿ves? —digo enseñándosela- pero no se puede ver que pone. Debe ser de George, le vi caer derribado por los antiaéreos. Su avión se incendió.

Marc se pone serio, mira la placa y dice —guarda eso, ¿quieres?, me pone triste. Ya se la daremos al capitán cuando regresemos.

- Si, tienes razón —respondo y guardo la placa en el bolsillo de mi camisa- y tu ¿qué?, ¿también derribado supongo?

- ¿Yo?, ¡anda ya!. Lo que pasa es que he aterrizado por aquí para pasear un rato

- Ya... claro. Pues que suerte, ¿no?, ahora podemos ir y regresar con tu aparato.

- Bueno... la verdad es que está un poquito maltrecho. Mejor vamos a pie.

Nos reímos de nuestra tontería. La verdad es que me encuentro mejor sabiendo que está aquí. Y él al menos no está herido.

- Veo que has salido bastante intacto —le comento.

- Si, conseguí un aterrizaje bastante suave, dentro de lo que cabe, pero el avión quedó inservible. Ya veo que tu no has tenido tanta suerte. ¿Cómo tienes esa pierna?

- Hecha unos zorros, amigo, pero aguanta. Ahora lo urgente es atravesar las líneas, enemigas y llegar con los nuestros.

- No podemos hacer eso, es un suicidio. Tengo una idea mejor.

- ¿Rendernos? —pregunto, aunque sé que la respuesta es no.

- No, hombre, claro que no. Pero sé de un sitio aquí cerca donde nos pueden esconder y cuidar hasta que estés bien.

- ¿Un sitio por aquí?, ¿y nos van a esconder?, tu deliras.

- Que sí, hazme caso, sé lo que digo. Se trata de un monasterio, con monjas y todo eso, está a unos cuatro o cinco kilómetros de aquí, lo he visto cuando caía.

- Pero, ¿cómo sabes que nos acogerán?.

- Lo sé, confía en mí. Venga, muévete que yo te ayudaré.

Me apoyo en él y empezamos a caminar por este valle de muerte. Seguimos durante bastante rato. Yo estoy cada vez peor, noto la temperatura subiéndome y el cansancio mortal de la fiebre. Me duele todo el cuerpo y cada paso es un martirio. Si no fuera por él creo que ya habría abandonado.

- Tenemos un problema –dice, parando de repente y escrutando el terreno que tenemos delante- mira, allí, ¿lo ves?

Miro en la dirección que me indica. Aunque la vista se me empieza a enturbiar aún puedo ver bastante bien. Estamos pasando por una hondonada bordeada a ambos lados por lomas bajas. Debe ser el curso seco de un arroyo de lluvia. En la cima de la loma derecha hay unas cuantas rocas colocadas formando un precario muro y, sí, puedo ver el brillo acusador de un rifle y, detrás de él, seguro que se esconde su propietario.

- Ya lo veo –digo- ¿qué vamos a hacer?, tiene una visión magnífica del paso.

- Yo le distraeré y, entonces, tú pasas corriendo.

- ¿Y tú que?, ¿cómo vas a pasar luego?

- Oh, yo estoy sano –dice- y tú no. Daré un rodeo y nos encontraremos al otro lado, más allá de la colina, seguro que te gano.

Estoy demasiado débil para protestar y le dejo ir. Me preparo para salir corriendo cuando el guardia se despiste y espero. Pasa el tiempo y cada segundo me parece eterno. Me paso la mano por la frente y noto el sudor bajando a raudales. Debo estar a cuarenta de fiebre. Noto los escalofríos y la vista se me nubla un poco. Entonces veo que el rifle desaparece de su sitio y oigo los pasos del soldado que se aleja. Es el momento y salgo corriendo. Hago un spring hacia la meta, allá donde la zona es segura, y doy un último salto cayendo al suelo, a la sombra de la colina.

Sigo avanzando, arrastrándome, la respiración agitada, el cuerpo sudado, ardiendo. Ya no noto el frío. Llego hasta el punto de encuentro y ahí está él, apoyado en un árbol, sentado tranquilamente.

- Si que has tardado –dice.

Yo no respondo, no puedo, necesito respirar, recuperar el aliento. Al cabo de un momento la respiración se calma y me recupero un poco. Tengo la cara al rojo y el corazón me palpita acelerado. La vista está nublada y me siento débil.

- No aguantaré mucho más –digo.

- No digas tonterías, vamos, hemos de seguir. Ya estamos cerca.

Seguimos avanzando, yo apoyado en él, tropezando a cada paso mientras él me guía. Empiezo a perder la noción de las cosas. Todo se desdibuja y me cuesta pensar. Veo el terreno pasar sin que lo pueda enfocar, como en una película proyectada a toda velocidad. Solo sé que seguimos caminando, avanzando a duras penas, y que me lleva arrastrándome, manteniéndome en pie mientras seguimos hacia el monasterio.

Al final llegamos y me deja caer con suavidad. Todo se hace borroso y apenas le veo la cara. Se acerca hasta mí para que le oiga bien.

- Oye, ya estamos. Voy a ir adentro para que te vengan a recoger. ¿cómo te encuentras?

- He tenido momentos mejores –susurro- pero bien, ahora que ya hemos llegado.

- Vale, mejor –dice y luego añade poniéndose serio- Dile a Mary que la quiero mucho y que tenía razón... que no se preocupe por mí.

“Ya se lo dirás tu”, quiero decir pero se ha marchado. Supongo que cree que yo la veré antes porque estoy herido. No importa, el cansancio me vence y noto cómo me duermo cayendo en un sopor agradable.

No sé cuanto tiempo ha pasado. La luz de la mañana me da en los ojos y me despierto en una camilla. Miro alrededor. Estoy en un barracón habilitado como enfermería, de los que se utilizan cerca del frente. Me noto débil y algo adormecido pero intento llamar la atención de una enfermera.

- ¿Si? –dice cogiéndome la mano para medir el pulso- ¿ya se encuentra mejor?

Es muy guapa aunque supongo que no soy muy parcial en estas cosas después de todo este tiempo de guerra.

- Si, supongo –respondo- ¿cuánto tiempo ha pasado?, ¿dónde estoy?.

- Ha estado tres días dormido, no se preocupe, es normal en su estado. Ha tenido mucha suerte, al día siguiente de que llegara al monasterio el frente avanzó superando la posición. Las monjas nos dijeron que estaba allí y lo trajimos rápidamente. Lo hemos podido atender casi desde el primer momento. Ahora descanse, duerma un poco más. Más tarde le traeré un poco de caldo.

“Oh, comida” pienso y noto cómo se retuercen los intestinos. Tengo hambre pero me vuelvo a dormir.

Me despierto por la tarde, ha oscurecido un poco pero aún hay bastante luz. La enfermera me trae un cuenco con caldo. Es de gallina y tiene esos pequeños trozos flotando tan sabrosos. Parece mentira lo bien que sabe cualquier cosa después de estar mucho tiempo sin comer.

- Tiene una visita –dice ella cuando retira la bandeja- ¿se encuentra bien para recibirle?.

- Sí –contesto- ¿quien es?

- Su capitán

El capitán. Es agradable ver una cara amiga. Y, a pesar de ser mi superior y todo eso, también es un amigo. Claro está que no hay tanta camaradería como con los otros pero, en momentos como éste se agradece su visita.

Ya lo veo, se acerca acompañado por la enfermera. Se le ve cansado pero aún conserva el aire marcial. Me saluda con la mano en un gesto amigable. Yo me incorporo, aunque las heridas duelen un poco.

- Tranquilo hombre, no hace falta que te pongas firmes que no soy un ogro.

- Gracias, señor, la verdad es que esto duele.

- Ya me imagino. Bueno, chaval, espero que te recuperes pronto, ¿he?. Ahí fuera te necesitamos.

- Lo intentaré, señor.

Sonríe pero se le nota algo triste. Hay algo que quiere decirme y le cuesta. Cambia su expresión y me mira de nuevo. Sus ojos reflejan preocupación y responsabilidad.

- Ahora en serio, ¿cómo estás?.

- Bastante bien señor, un poco débil pero me recuperaré.

Deja pasar un rato de silencio antes de continuar, como si meditase lo que va a decirme.

- Oye... ya sé que todo esto es muy duro para ti pero quiero que sepas que todos lamentamos lo de Marc. Sé que estabais muy unidos.

- ¿Marc?... que le ha pasado.

Me mira con sorpresa, como si le hubiera pillado haciendo una falta.

- Pero... ¿cómo no lo sabes?, si fuiste tú el que nos trajo la noticia.

- ¿Yo?, no, la última vez que le vi estaba bien.

- Oh, Dios... lo siento chico, pensé que lo sabías. Verás, es que fuiste tú el que nos trajo su placa y por eso... perdona.

No puedo decir nada, no me sale. Me quedo mirando al capitán sin poder pensar, sin coordinar, pero enseguida lo entiendo todo. Entonces las lágrimas caen por mis mejillas mientras recuerdo las últimas palabras de Marc y sé que he de hablar con Mary. Se lo debo.